

*Intelectuales y prensa en el siglo XX**

Santos Juliá

Señores, decía Max Weber a los miembros de la Asociación Alemana de Sociología reunidos en su Primer Congreso en Frankfurt, en 1910, "imagínense que la prensa no existe, piensen en cómo sería entonces la vida moderna sin el tipo específico del ámbito de lo público que la prensa crea". Weber no se lo podía ni imaginar: prensa, vida moderna y ámbito de lo público eran fenómenos tan imbricados que resultaba imposible pensarlos por separado. No, ciertamente, porque el ámbito de lo público se agotara en la vida moderna: también la vida antigua tuvo su ámbito de lo público. Pero hoy, dice Weber, no es del mismo tipo. No lo es ni siquiera si se compara con hace 150 años, cuando el Parlamento inglés castigaba por *breach of privilege* al periodista que informara de sus reuniones y diera cuenta de los discursos. Hoy, sin embargo, la prensa pone de rodillas al Parlamento con la simple amenaza de no publicar los discursos de los diputados¹.

Lo público, por tanto, se transforma. Habermas tituló así precisamente su primera aproximación histórica y teórica a lo que habría de ser un tema central de su reflexión posterior: la transformación de la esfera pública, categoría de origen griego transmitida con sello romano que se constituía en la discusión y que podía asumir la forma de consulta, tribunal o acción común. Luego, en la Edad Media, con el sistema de dominación feudal, el concepto de lo público adquirió otro significado: los bienes comunales eran de uso público o común, pero los atributos del señorío se llamaron también públicos y el rey gozaba de publicidad². En España ocurría algo similar: según el Diccionario de Autoridades, público significaba notorio, patente, que lo saben todos y, usado como sustantivo, lo común del Pueblo o Ciudad; pero público se aplicaba también a la potestad, jurisdicción y autoridad para hacer alguna cosa, como contrapuesto a privado. Con la voz 'público' se hacía referencia a lo más abierto, lo común, y a lo más cerrado, lo que se reserva el poder, doble significado que ha perdurado hasta nuestros días.

* Publicado en Celso Almuíña y Eduardo Sotillos, coords., *Del periódico a la sociedad de la información*. Madrid, Sociedad Estatal Nuevo Milenio, 2002, vol. 1, pp. 197-218.

¹ Max Weber, "Para una sociología de la prensa" [1910], *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 57 (enero-marzo 1992), p. 252.

² Jürgen Habermas, *The structural transformation of the public sphere. An inquiry into a category of bourgeois society*, Londres, 1989, pp. 5-17.

De ahí la polisemia de público, que con la aparición del capitalismo adquiere una nueva dimensión como esfera en la que mercaderes y financieros intercambian noticias e informaciones. La organización de ese tráfico de noticias exigida por el mercado como esfera autónoma del poder constituye ese nuevo ámbito de lo público creado por la prensa. Tráfico de noticias e informaciones que se extenderá durante el siglo XVIII a todo tipo de debates y opiniones, dando así origen a la aparición de boletines periódicos que van formando la esfera pública moderna. Lo cual equivale a decir: en el capitalismo no es pensable un ámbito de lo público sin imprenta y sin prensa. Weber había señalado en su discurso la imbricación entre vida moderna y un tipo especial de esfera pública creado por la prensa. Pero Weber también es el inventor del tipo ideal "capitalismo", como lo es de Estado moderno: Habermas no tenía más que tirar del hilo para poner todo eso en relación genética.

Es precisamente la configuración de la vida moderna como capital y Estado, con una esfera de lo público alimentada por la imprenta y la prensa, lo que nos lleva de la mano a la figura del intelectual. Lo enunció con toda claridad Joseph Schumpeter: hacer la sociología del capitalismo exige realizar una incursión en la sociología de los intelectuales, un tipo que la parecía no fácil de definir, puesto que no eran una clase social, procedían de todas las esquinas del mundo social y gran parte de su actividad consistía en combatirse unos a otros. No se reducen a ser la suma de todos los que han recibido educación superior, pero todo el que la ha recibido es un intelectual en potencia, escribe Schumpeter. Tampoco vale hacer el concepto coextensivo a miembro de profesión liberal, puesto que los médicos y los abogados no lo son a no ser que hablen o escriban sobre temas ajenos a su competencia profesional; pero hay una estrecha relación entre intelectuales y profesiones: los miembros de todas las profesiones tienen la oportunidad de convertirse en intelectuales. En resumen, los intelectuales ostentan el poder del mundo hablado y escrito, pero les distingue la ausencia de responsabilidad directa en asuntos prácticos; lo que les define es la combinación de actitud crítica con la ausencia de conocimiento práctico de asuntos que sólo puede dar la experiencia³.

Cuando Schumpeter escribía, los intelectuales llevaban ya medio siglo sustantivados. Antes, cuando ignoraban su condición de tales o carecían aún de un sustantivo que los identificara, Edmund Burke los había visto actuando en Francia, como "political men of letters" que sustituyeron los favores de la Corte por sus propias sociedades o agrupaciones⁴. Men of letters, escritores, que gozaban de una posición autónoma, o que por su arte se la labraron, independiente de los poderes públicos y que por eso podían actuar en la esfera pública agrupándose, creando redes de comunicación, encontrándose en clubs o asociaciones diversas. Bastará que los escritores conquisten esa posición de hombres libres y que compitan en un libre mercado de letras o de ideas para que se pueda hablar de intelectuales en un sentido muy similar al utilizado desde la última década del siglo XIX. Su presencia se remonta a los orígenes del capitalismo, con la simultánea aparición de la imprenta y la liberación de los vínculos de fidelidad feudal.

Intelectuales existen, pues, desde que se forma una esfera pública de debate a la que acceden a título individual, libres de servidumbres corporativas o de lazos de patronazgo eclesiásticos o nobiliarios, todos los especialistas en el trato con los bienes

³ Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, socialism and democracy*, Londres, 5ª ed., 1979, pp. 147-154.

⁴ Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France*, [1790] Nueva York, 1959, p. 134.

simbólicos, por decirlo con la conocida definición de Pierre Bourdieu. A partir de esa posición conquistada en el mercado de las ideas y las artes gracias a su reconocida competencia científica o profesional, a su saber especializado o a la calidad de su creación artística, la progresiva transformación de la sociedad capitalista en una dirección que desplazaba hacia políticos profesionales, encuadrados en partidos, la tarea asumida por los intelectuales desde las revoluciones americana y francesa como adalides del pueblo y constructores del Estado, les hizo tomar una conciencia separada que sólo esperaba una oportunidad para generalizar como sustantivo un vocablo que antes todo el mundo usaba como adjetivo.

Postular su presencia como indisoluble de la sociedad capitalista y su sustantivación como efecto inducido por el desarrollo del capitalismo no es arbitrario. A diferencia de la sociedad feudal, sólo el capitalismo "hizo inevitable a largo plazo la libertad de la discusión pública", asegurando, frente al poder político, una esfera autónoma en la que fue posible la institucionalización de espacios de los que pudo emerger y formarse un público de lectores, espectadores y oyentes, origen y soporte de lo que ya en el siglo XVIII se conocía como opinión pública⁵. Con el capital, surgieron las sociedades de lectura que aseguraban una audiencia más amplia a aquellos "trabajadores con signos", capaces de transmitir sentido; se multiplicaron los lugares de conferencias, mítines o debates, oficiales y privados, en los que reinaba la palabra; sobre todo, se consolidaron los soportes impresos que permitían llegar hasta un gran público desconocido, enviar panfletos de agitación, editar folletos contra tal o cual acción de gobierno. La mayor densidad de profesiones intelectuales, el hecho de que quienes las practicaban comenzaran a pensarse colectivamente, su actitud predominantemente crítica ante la política, la conciencia del poder que se deriva del encuentro con un creciente público lector: todo eso contribuye a partir de los años 80 del siglo XIX a la emergencia de esa nueva categoría social potencialmente destinada a identificarse con un nombre⁶.

Hasta que, finalmente, fue la prensa la que acabó por constituir y configurar el primer tipo de "intelectual" del que quisiera ocuparme aquí. El caso es bien conocido: a raíz del affaire Dreyfus, Emile Zola imprimió su célebre acusación como folleto, siguiendo así la pauta que Voltaire había convertido en una verdadera industria. Pero cuando estaba "a punto de poner el folleto a la venta" se le ocurrió que el escrito "obtendría más resonancia y publicidad si lo publicaba en un periódico". Pensado y hecho: *L'Aurore* había tomado también partido por Dreyfus, con una "independencia y un valor admirables", dos cualidades que en adelante afirmarían la identidad del intelectual. Zola se dirigió al periódico y encontró en sus páginas desde entonces "refugio y tribuna de libertad y de verdad desde donde pudo decir todo". Las páginas de *L'Aurore* y de *Figaro* acogieron gustosas las cartas y los manifiestos de protesta, convencidos sus directores de contribuir así a la defensa de valores universales contra los políticos y a la mayor difusión de sus periódicos: hasta 300.000 ejemplares del

⁵ Sobre opinión pública como concepto de la Ilustración, Price, *La opinión pública: esfera pública y comunicación*, Barcelona, 1994, pp. 18-22; Schumpeter, *Capitalism*, p. 151; Habermas, *The structural transformation*, pp. 27-56.

⁶ Trabajador con signos, Julia Kristeva, "Apéndices de una horquilla moral", *El País*, 14 de diciembre de 1989. Sustantivación, Christophe Charle, *Naissance des "intellectuels" 1880-1900*, Paris, 1990, pp. 256-262.

número de 13 de enero de 1898 vendió *L'Aurore*, un éxito que compensaba los sinsabores acarreados por esa muestra de independencia y de valor⁷.

Desde entonces, la suerte del intelectual, tanto como los rasgos que lo definen, y que también se transforman con el tiempo, del mismo modo que se transforma el capitalismo y el ámbito de lo público, está vinculada a su capacidad para alcanzar resonancia y publicidad desde una tribuna de prensa, desde algún periódico, lugar históricamente privilegiado de la presencia pública del intelectual. A fin de cuentas, no existe nada como "un intelectual privado" o, por decirlo positivamente, "todo intelectual es mediático", lo que equivale a afirmar que no es posible pensar en la figura del intelectual sin el uso de los nuevos medios de comunicación desarrollados desde la invención de la imprenta y la aparición de un público lector: sin periódicos no hay intelectuales, por más que John Stuart Mill advirtiese de que "si se quería hacer algo en los altos niveles de la literatura y del pensamiento, escribir para la prensa no es aconsejable como recurso fijo"⁸.

Ahora bien, esa relación entre escritor e imprenta, entre intelectual y prensa, ha conocido diversas formas desde la aparición de la figura hasta nuestros días. Aquí me gustaría tratar sólo de cuatro maneras distintas de esa relación que se han dado sucesivamente en la España del siglo XX. La primera es la del intelectual que busca por su cuenta el periódico, cualquier periódico, para expresar en él sus protestas o sus propuestas personales, sin el apoyo de un círculo, una liga o una asociación, sino ejerciendo su función a título individual, o también que firma algún manifiesto para protestar colectivamente contra algo o contra alguien. La segunda será la del intelectual que se entiende a sí mismo como parte de una minoría selecta, que se reúne en ligas, publica en revistas y forma como una especie de constelación que utiliza un periódico determinado como instrumento de una pedagogía social. La tercera es la propia del intelectual comprometido, según el significado que la palabra tuvo en los años de vigencia de esta figura: como intelectual que toma parte en el combate político y que, por tanto, publica en periódicos que son de un partido o de un Estado. La cuarta será la suscitada por la revolución en los medios de comunicación con la irrupción del audiovisual. A las cuatro quisiera dedicar unas breves reflexiones.

* * *

1. El intelectual que surge a fin de siglo en Francia y en España, en torno al *affaire Dreyfus* y a la campaña para la revisión de los procesos de Montjuich, aparece, de la mano de Zola, "al constituir en elección deliberada y legítima el partido de la independencia y de la dignidad específica del hombre de letras, fundamentado para poner su autoridad al servicio de causas políticas"⁹. Tal es en efecto el nuevo fenómeno que alumbrará con el siglo XX y que determina las relaciones con la prensa de los que se llamarán a sí mismos intelectuales. Llevan hasta su último término la autonomía del campo literario, rehusan participar en el juego político, denuncian a los políticos

⁷ Cartas, manifiestos y observaciones de Emile Zola, *Yo acuso. La verdad en marcha* [1901], Barcelona, 1998.

⁸ Que el intelectual nunca es privado, Edward Said, *Representations of the intellectual*, Nueva York, 1994, p. 12; que siempre es mediático, Fernando Savater, "Voltaire: libre, comprometido y feliz", *Libre mente*, Madrid, 1996, pp. 201-204; la cita de Mill, Tomás Maldonado, *Qué es un intelectual*, Barcelona, 1998, p. 53.

⁹ Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, 1997, pp. 196-199.

profesionales; pero si se afirman en un acto de protesta o acusación frente al Estado y se erigen en críticos de la sociedad burguesa, no por eso asumen el liderazgo del pueblo, como fue el caso de los románticos en las revoluciones liberales, ni de la clase obrera, como era y será el de los socialistas o anarquistas de las revoluciones proletarias. Lo nuevo a finales del siglo XIX es, por una parte, que los escritores reivindicaban para intervenir en política valores universales, como la verdad o la justicia, desde una posición en la sociedad que les permite ser autónomos respecto del Estado y, por otra, que se ha consumado, con la consolidación del Estado liberal, la profesionalización de los políticos y el fin de aquella especie de literatos políticos o de políticos literatos que acompañó los primeros pasos del Estado liberal.

Como vio perfectamente Unamuno para el caso español, los que escribían para el público utilizando "en estos últimos tiempos el sustantivo intelectual" eran diecinueve de cada veinte veces "literatos, meros literatos"¹⁰. Como sus antecesores, procedían también de una clase media que disponía de rentas agrarias o profesionales, habían recibido una educación universitaria y gustaban de escribir en periódicos y revistas. Pero, a diferencia de ellos, pretendían intervenir en la vida pública desde una posición separada, reclamando una función específica, distinta y enfrentada a la del político. Es esta nueva figura de intelectual la que tienen en mente Unamuno y Maeztu cuando saludan su "aparición", su presencia. "No somos más que los llamados, con más o menos justicia, *intelectuales* y algunos hombres públicos los que hablamos ahora a cada paso de la regeneración de España", escribió Unamuno en noviembre de 1898. Y poco después, Maeztu saludaba con alborozo su irrupción en la vida pública: "El intelectual ha aparecido y frente a su mirada escrutadora no prevalece la mentira"¹¹.

Para ejercer esa función que a sí mismos se confieren, los intelectuales deberán disponer de un instrumento que acerque su palabra al público. Los escritores del 98 tienen claro desde el principio cuál es ese instrumento: Martínez Ruiz, el mismo día en que llega a Madrid se acerca, a las diez de la noche, por la redacción de *El País* y entrega la tarjeta de presentación que le había firmado Bonafoux a Ricardo Fuente, que le introduce de inmediato al director, Alejandro Lerroux. En los días siguientes no dejará de pasar todas las noches por la redacción. Lo mismo ocurre con Pío Baroja, cuando algunos amigos lo llevan también a *El País*, en cuya redacción encuentra, entre otros, a quien formará con Martínez Ruiz y con él mismo el efímero grupo de "Los Tres", o sea, a Ramiro de Maeztu. Juntos, tratarán de publicar en los periódicos manifiestos de protesta, juntos exaltarán desde las páginas de los periódicos la aparición de esa nueva figura, el intelectual que lleva sobre sus hombros la conciencia de la multitud¹².

Si Azorín fue un experto en el arte de encontrar desde el primer momento acomodo en las redacciones de periódico y si Baroja no desdeñó el oficio de escribir en revistas y diarios, el verdadero maestro será Miguel de Unamuno, que comprendió de inmediato la importancia de escribir en los periódicos para el tipo de misión que se había impuesto. Este Unamuno de fin y principios de siglo no es un investigador de la

¹⁰ Miguel de Unamuno, "¿Quiénes son los intelectuales?", *Nuevo Mundo*, 13 de julio de 1905.

¹¹ Miguel de Unamuno, "La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España", *La España Moderna*, noviembre 1898; Ramiro de Maeztu, "La Cruz de la Espada", *Vida Nueva*, 27 de agosto de 1899.

¹² De Azorín y sus primeros pasos por Madrid, *Charivari* [1901], anotaciones correspondientes a los días 25, 27 y 30 de noviembre de 1896, en *Obras Completas*, Madrid, vol I, pp. 133-136. De Baroja, *Final del siglo XIX y principios del XX* [1945] pp. 79-89.

política ni de la sociedad, pero es un prolífico escritor de artículos periodísticos y un habitual conferenciante sobre cuestiones políticas y sociales. A veces, cuando sus artículos no adquirían el eco esperado, se revelaba también como un habilísimo estratega que sabía suscitar grandes expectativas ante el anuncio de una conferencia. Fue el primer intelectual que, además de derramarse en la prensa, congregó a grandes auditorios al reclamo de su palabra. Probablemente, esta dedicación preferente al periódico y a la conferencia tuvo un peso decisivo a la hora de diagnosticar el estado político y social de España con las alegorías de la charca, el pantano, las aguas estancadas, con sus ranas y renacuajos en perfecto orden jerárquico con las que intentaba no realmente ofrecer un diagnóstico sino más bien agitar los espíritus de sus lectores u oyentes¹³.

En efecto, a pesar de los lamentos por lo cerrado y estrecho de la prensa periódica madrileña, a pesar de las denuncias de su misonerismo feroz contra todo lo fresco y rozagante, de las quejas por las dificultades para entrar en sus filas y por lo largo y duro que era "hacerse mercado", Unamuno comenzó a recoger muy pronto "el producto pecuniario de [sus] artículos". Sin importarle la orientación política del periódico al que enviaba sus artículos, conservador como *La Época*, liberal como *El Imparcial*, de algún jefe de partido como *Heraldo de Madrid*, y sin que se resintiera mayormente su producción por las tremendas crisis de las que sus amigos tenían puntual noticia, publicó sin cesar desde su juventud hasta el fin de su vida. En diciembre de 1898, en un primer balance de situación, mostraba a Juan Arzadun su satisfacción por haber logrado entrar en *Heraldo*, "donde habrás visto dos artículos míos", al mismo tiempo que el director de *La Estafeta* solicitaba su "colaboración de pago". A *El Imparcial* había remitido tres o cuatro días antes "una cosilla", había corregido pruebas de *La vida es sueño* para *La España Moderna*, "que escandalizará a buena parte de mis amigos y hará que me llamen retrógado, místico, escéptico, loco, cualquier tontería". A final de siglo, Unamuno ha escrito, escribe o muy pronto escribirá en buen número de periódicos y revistas de Bilbao, de Madrid, de Barcelona, de Buenos Aires y no ahorrará esfuerzos, ni olvidará agradecimientos, ni evitará gestiones para que sus artículos alcancen resonancia universal: como confiesa a Ruben Darío, prefiere ser ola pasajera en el océano que charco muerto en la hondonada¹⁴.

Publicista y conferenciante consumado, Unamuno supo utilizar el artículo periodístico como reclamo para la convocatoria de conferencias. Ninguna intervención pública ilumina con más claridad su habilísima mezcla de palabra escrita y hablada que los artículos contra el militarismo seguidos de la conferencia impartida el domingo, 25 de febrero de 1906, en el teatro de la Zarzuela de Madrid. El asalto a los locales del *Cu Cut* y *La Veu* había impresionado vivamente al rector de Salamanca, aunque todavía le desagradó más "la cobardía de las gentes en no atreverse a condenar el motín de la oficialidad de Barcelona". Se dispuso, pues, según anunciaba a Francisco Giner de los Ríos, a ser él "quien proteste". Lo hizo, en primer lugar, por escrito, publicando un artículo que él mismo tenía como lo "más decisivo, más resuelto, más franco y, por qué no he de decirlo, más valiente" que se había escrito nunca en España contra el

¹³ Puede verse mi artículo "'La 'charca nacional'. Visiones de España en el Unamuno de fin de siglo", *Historia y Política*, Nº 3 (2000), de donde son los dos párrafos siguientes.

¹⁴ Los lamentos son de junio de 1895, "Sobre el marasmo actual de España", *En torno al casticismo, Obras Completas*, ed. de Manuel García Blanco, Madrid, 1966, vol. I, p. 863; la recogida de frutos pecunarios es de diciembre de 1898, carta a Juan Arzadun, *Epistolario americano (1890-1936)*, ed. de Laureano Robles, Salamanca, 1996, pp. 49-51; en pp. 81-83 carta a Rubén Darío de 8 de febrero de 1900.

militarismo. Pero desgraciadamente había aparecido en una revista de limitada circulación: un diario nunca se hubiera atrevido a publicarlo. Así, Unamuno se lamentaba a Zulueta de haber clamado en el vacío, lo que constituía una pérdida incalculable. No cejaba, sin embargo, en el empeño y prometía escribir otro que sería "mil veces más de escándalo" aunque temía de nuevo que sus ecos se perderían otra vez en el vacío. Ante tan patética llamada de socorro, "la flor y nata del intelectualismo" madrileño manifestó públicamente su adhesión a los dos artículos y reclamó con un escrito encabezado por Emilia Pardo Bazán su presencia en Madrid para que todo el mundo se enterase del "J'accuse" escrito por el sabio catedrático. Fue la primera movilización masiva de intelectuales con el propósito de que la palabra de uno de ellos alcanzara el mayor eco posible. Los periódicos anunciaron el evento, se despertó gran expectación por su llegada, los periodistas siguieron sus pasos desde que descendió del tren que le traía de Salamanca hasta que terminó su parlamento. Su fotografía, con su ya inconfundible "uniforme de intelectual"¹⁵, ocupó notables espacios en la prensa.

Muy pronto aprendieron también los intelectuales a dar cauce por el periódico a escritos colectivos, a publicar manifiestos. Es habitual desde principios de siglo que los intelectuales -identificándose como tales- se reúnan, escriban un manifiesto, lo firmen y lo envíen a los periódicos para su publicación. Y no es menos habitual que los periódicos presten sus páginas a los manifiestos de los intelectuales. Es éste, por lo demás, el modo bautismal de los intelectuales como sustantivo: aparecieron identificándose con esta voz cuando comenzaron a firmar manifiestos de protesta. Lo hicieron en Francia por el asunto Dreyfus y lo harán también en España por los juicios de Montjuich¹⁶. Pero todavía habría de transcurrir algún tiempo para que la voz 'protesta' apareciera vinculada a la voz 'intelectual' hasta el punto de identificarse mutuamente. Ocurrió por un motivo menor, la solución de una de las crisis de gobierno que esmaltaron la vida política desde el 98 y que llevaría a la presidencia del Consejo a Montero Ríos. A primera vista, resulta sorprendente que "la protesta de los intelectuales" anunciada en alguna prensa a toda plana, bajo este epígrafe, surgiera por tan baladí motivo, pero cuando se fija la atención en el texto salta a la vista su carácter ejemplar de lo que estos intelectuales creen que son y de la función que deben desempeñar cuando iban a medio transcurrir los años diez.

Pues en esta "protesta de los intelectuales" se revelan con singular fuerza los elementos que conforman la actitud y la acción política de esta categoría social. Ante todo, el orgullo propio de quien se sabe parte de una elite de la inteligencia o, como dicen, del mundo intelectual. Siendo pura y elevada, la elite se mueve a la acción guiada exclusivamente por elevados y puros valores: una angustia moral que procede de la contemplación de un pueblo pasivo ante sus gobernantes. Se rebelan, pues, en sustitución de ese pueblo reconcomido de rencor pero incapaz de expresarlo. Y si el motivo de la rebelión es del todo desprendido, la legitimación no puede aspirar a menos: los intelectuales se alzan investidos de la toga de juez supremo. No llaman al pueblo a la acción, como sería lógico esperar de quienes se sienten angustiados por su pasividad, tampoco proponen una campaña organizada, alguna agrupación o asociación, ni exigen la convocatoria de elecciones limpias. Sencillamente, protestan por la formación de un

¹⁵ De "uniforme de intelectual" más que de pastor protestante lo encontró vestido Josep Pla en la visita que le hizo en febrero de 1921, cuando le pareció obsesionado por la política y firme en su "ideología romántica y anárquica": *Madrid, 1921. Un dietario*. Madrid, 1981, pp. 40-43.

¹⁶ Donald Shaw, *La Generación del 98*, Madrid, 1985, pp. 33-44, con referencias a las protestas de Montjuich, las revistas literarias, la idea de formar una agrupación, los manifiestos de "Los Tres" y el contra-homenaje a Echeagaray.

gobierno presidido por alguien a quien se juzga responsable del Tratado de París y que tiene el atrevimiento de nombrar a su yerno ministro de alguna cosa; emiten un juicio de condenación, firman y lo llevan a los periódicos, que ya se encargarán de hacerlo llegar al público¹⁷.

En resumen, los primeros intelectuales buscarán el periódico para manifestar, a través de sus páginas, la crítica y la protesta por el estado de cosas vigente. Lo harán cada uno por su lado, incluso aunque en lo hagan en el mismo periódico o en la misma revista: Unamuno recordará que el semanario *Vida Nueva* los había juntado, "pero no nos unió. Fue una plaza donde se nos dejó gritar a cada uno su grito. Ningún santo y seña común nos unía. Ni debía unirmos"¹⁸. Lo harán en periódicos de diferente propiedad e ideología, transitando en ocasiones de la extrema izquierda a la derecha en muy corto espacio de tiempo: Martínez Ruiz, que comenzó visitando a Lerroux, un republicano populista y radical, llegó al cabo de diez años a contarse entre los redactores de plantilla de *ABC*, monárquico y elitista como ninguno¹⁹. Pero lo harán también reuniendo firmas para apoyar algún manifiesto: "Los Tres" fueron, a este respecto, pioneros. La crítica se cebará sobre todo en el político, que aparece como dechado de todos los vicios. Más allá de la persona, la crítica alcanza al sistema de la política y a sus instituciones, los partidos, el parlamento, el gobierno, la corona. Todo es como un gran engaño que no podría sostenerse si, por debajo, no existiera una sociedad pasiva, inerte, carente por completo de energía. La retórica dominante es la de la decadencia, reflejada en el dominio de la masa, el imperio del número.

* * *

2. La crítica y la protesta individual o colectiva será a partir de la generación de fin de siglo un rasgo distintivo de la presencia de intelectuales en la prensa que perdura hasta hoy. Es más, cuando se habla tanto de silencio o domesticación de intelectuales, lo que en realidad se quiere decir es que hoy escasean los intelectuales cortados por el patrón Zola, un intelectual que escribe "Yo acuso", lo publica, recibe adhesiones. Normalmente, quienes lamentan esa ausencia aspiran al status de intelectuales a lo Zola: desearían contar con una legión de seguidores y lamentan su soledad como prueba de la indiferencia de las masas. En todo caso, por mucho que defina una manera de ser intelectual, esa presencia no la agota; más bien se agotó ella y antes de lo que pudiera creerse, pues ya la siguiente generación de intelectuales, la que hace acto de presencia en la esfera pública en torno a 1914 trae una nueva forma, notoriamente distinta, de relación con la prensa. Es la generación de los nacidos en la década de los 80, los que andaban, pues, hacia 1914 en lo que Ortega llamaba la mitad del camino de la vida, en su treintena.

La influencia de Ortega en las actitudes políticas que adoptó un buen número de intelectuales de esa generación nunca podrá ser sobrevalorada, de tan decisiva como fue. Fue él quien sometió a una crítica radical a su mayores, como bárbaros que habían destrozado todo y huyeron despavoridos monte a través después del incendio; fue él quien dio por realizada la obra de destrucción y quien definió la figura del intelectual

¹⁷ "La protesta", *El País*, 28 junio; "Protesta. El país y los políticos", *El Imparcial*, 29 junio; "Una fuerza", *El Liberal*, 30 junio; "La semana burguesa", *El Socialista*, 7 julio 1905.

¹⁸ Miguel de Unamuno, "Nuestra egolatría de los del 98", *El Imparcial*, 31 enero 1916, y "La hermandad futura", *Nuevo Mundo*, 5 julio 1918.

¹⁹ Los nombres de todos los redactores a principios de 1907, en Francisco Iglesias, *Historia de una empresa periodística. Prensa Española, editora de ABC y Blanco y Negro, (1891-1978)*, Madrid, 1980, p. 60.

emergente, quien le asignó una función, quien alimentó los debates que le atañían, quien lo expresó con una retórica que llegará a ser dominante al menos durante quince años y, para lo que aquí interesa, quien estableció una nueva forma de relación con la prensa.

Ante todo, los que asistieron en 1912 y 1913 a los banquetes organizados como homenaje a Melquiades Alvarez y los que acudieron a oír la conferencia de Ortega sobre "Vieja y nueva política" no son ya "los intelectuales", grupo reducido de personas, la mayor parte de ellas artistas y literatos, orgullosos de su individualismo; son "la intelectualidad", con su pretensión de totalidad y su connotación más profesional que artística o literaria. Intelectual había comenzado a designar en los años diez, a los "nuevos hombres privilegiados de la injusta sociedad: médicos, ingenieros, profesores y comerciantes, industriales y técnicos". Esa era la realidad que cubría la categoría de intelectualidad, el nuevo tipo de intelectual: gentes nuevas en su privilegio, notables ya por su cantidad y su calidad, con una posición conquistada a base de conocimiento y ejercicio profesional, muchachos universitarios, como dirá ABC, que han salido como pensionados a Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, que han sentido cierto rubor internacional, y que a su vuelta se han ido "apoderando de la cátedra, el laboratorio, el libro y el periódico"²⁰.

A esa intelectualidad se dirige Ortega para algo más, y diferente, que la protesta. Por supuesto, Ortega también denuncia, no a tal o cual institución, sino a un régimen, el de Cánovas, y a una política, la vieja, la de los partidos dinásticos. Pero no es el Estado ni la política lo que más le preocupa; no le parece que sea el gobierno el "órgano único y decisivo de la vida nacional". Hay que exigir mucho mayor rendimiento a la máquina del Estado, pero "queda por exigir mucho más a los otros órganos nacionales que no son el Estado... que es la libre espontaneidad de la sociedad". Y ahí es donde la nueva clase debe poner su empeño, en crear "órganos de socialidad, cultura, técnica, mutualismo, vida, en fin, humana en todos los sentidos". No que Ortega no perciba el interés de la política o que no quiera hacerla, sino que de acuerdo con su percepción de la escasa densidad de la sociedad española la nueva clase tiene que echar sobre sus hombros una tarea previa: hacer sociedad, o sea, organizar a la minoría selecta para que se sitúe en condiciones de educar a la masa.

Ortega, por tanto, aunque no rechaza la posibilidad de que cada intelectual pueda incorporarse individualmente a un partido, insiste en una tarea propia, prepolítica, específica de la intelectualidad, al margen de la lucha por el poder: organizarse como tal con el propósito de erigirse en minoría dirigente de la sociedad²¹. A partir de esa organización es como pesará en la política. Este era su empeño. Y para cumplirlo, no dejó nunca de lanzar ligas y agrupaciones, revistas y periódicos. Ya en aquel teatro de la Comedia, Ortega causó, tal como lo recuerda uno de sus oyentes, Ramón Carande, una "enorme impresión al hablar de la radical antinomia existente entre lo que imperaba en la vida política y lo que exigían apremiantes necesidades". Un joven que le escuchaba, Luis García Bilbao, fue a verle y puso a su disposición el dinero que había recibido en una reciente herencia con objeto de que promoviera "la política preconizada en la conferencia". Ortega fundó con ese dinero la revista *España* que el 29 de enero de

²⁰ Editoriales y crónicas aparecidas en *El Liberal*, *ABC* y *El Imparcial*, 24 marzo 1914. He tratado esta cuestión en "Ortega y la presentación en público de la intelectualidad", *Revista de Occidente*, 216 (mayo 1999) pp. 54-72.

²¹ Ortega, "Vieja y nueva política", 23 marzo 1914, *Obras Completas*, Madrid, 1983, vol. 1, pp. 268-292.

1915 saludaba al lector y decía: "Nacido del enojo y la esperanza, pareja española, sale al mundo este semanario *España*"²².

Convencido de lo que en alguna ocasión llamará el poder de la prensa, Ortega será también el primero en pensar un periódico diario que permita a un grupo de intelectuales cumplir la tarea de constituirse como minoría selecta. No se prodiga en periódicos diversos: es colaborador asiduo de uno solo. Lo es hasta 1917 de *El Imparcial*, al que está unido por vínculos familiares. Pero lo será a partir de ese año de *El Sol*, como una opción libre, después de romper con *El Imparcial*. Sabe bien lo que se necesita: un diario capaz de "adquirir el complejo organismo de los nuevos periódicos mundiales". Para lograrlo, dos cosas le parecen imprescindibles: un aumento decisivo del capital social y una voluntad inequívoca, resuelta, de mantener la publicación libre de toda proximidad con persona o partido político alguno. El nuevo diario, que prepara con Nicolás Urgoiti, debe contar con capital suficiente para garantizar "la más arisca independencia" de manera que ni halague a los poderosos e influyentes ni ceda en las horas confusas ante la muchedumbre, forzado a acrecentar su venta por medio de la adulación populachera. Dos peligros que cuentan por igual para esa nueva clase, o minoría, que pretende constituir como un especie de fermento de la masa. El periódico, escribe Ortega, ha de ser un creador o educador de opinión, no un siervo de ella²³.

Ortega encontró en Urgoiti el interlocutor ideal para lanzar el nuevo periódico, una vez frustrada la inyección de nuevo capital y la fundación de una sociedad anónima con los propietarios de *El Imparcial*. Desde enero de 1917, Urgoiti pretendía introducir cierto orden en el mundo periodístico madrileño donde veía pulular un sin fin de periodiquillos insignificantes, que nadie conocía. Lo que él quería era "un gran periódico a la europea", que sirviera de advertencia en los juicios públicos, de intervención en las disputas inevitables entre los diversos intereses, de guía en los arduos problemas que suelen agitar al pueblo, de animador de voluntades. Lo cual no debía en modo alguno servir como excusa para contentarse con pequeñas tiradas. Todo lo contrario: había un gran negocio que realizar. Pero había que realizarlo con un producto de calidad, que mantuviera una respetuosidad confesional, una estricta moral pública, y una absoluta independencia política y partidista²⁴.

Lo que significa *El Sol* en la historia de la relación entre intelectuales y prensa no se agota con la personal relación de Ortega y Urgoiti y la coincidencia de sus puntos de vista. Con Ortega, llegó a aquel periódico un grupo de colaboradores que se ocupaban de distintas secciones y que mantenían por la tarde reuniones con miembros del consejo de dirección en una sala reservada a la que no accedían los "periodistas de mesa" que, despechados, llamaban a aquella sala el Olimpo. En el Olimpo, cuenta Corpus Barga, se armaron durante la Dictadura grandes discusiones entre Marte, que era Maeztu, y

²² Ramón Carande, "Luis García Bilbao", *Galería de raros*, Madrid, 1982, pp. 79-80. Según Enrique Montero, "Luis Araquistain y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial", *Estudios de Historia Social*, 24-25 (1983), pp. 245-265, García Bilbao aportó 50.000 pta, evaporadas al finalizar 1915. *España* hubo de subsistir, bajo la dirección de Araquistain, gracias a las subvenciones británicas. Presentación de la revista: "*España* saluda al lector y dice:", *España*, 1 (29 enero 1915), p. 1.

²³ Cuartillas de Ortega que Urgoiti hizo aparecer en *La Epoca* y *ABC*, 20 y 21 de junio de 1917, y que reproduce Gonzalo Redondo, en *Las empresas políticas de Ortega y Gasset*, Madrid, 1970, Tomo 1, pp. 39-40.

²⁴ Nicolás Urgoiti, "Memoria base para la fundación de un periódico diario (24 de enero de 1917)", publicado por M. Cabrera, S. Carrasco, R. Cruz y A. Elorza, en *Estudios de Historia Social*, 23-24, 1983, pp. 351-354

Araquistain, que era Vulcano y otras no menos importantes Minervas. Madariaga, cuando pasaba por allí, podía ser Mercurio, que cruzó una famosa apuesta con Marte de la que cosechó un sonoro bofetón²⁵. Más allá de la redacción, los colaboradores más importantes hacían doblete al frente de las diferentes secciones en las que quedó organizada la Compañía Anónima de Librerías, Publicaciones y Ediciones, CALPE, otra iniciativa de Urgoiti para la que contó con la activa colaboración de Ortega, García Morente, Luis Bello, Lorenzo Luzuriaga, Ramón y Cajal, Terradas²⁶.

Una gran empresa papelera, un periódico, una editorial y unos colaboradores fijos: comienza así a fraguar lo que Giménez Caballero dibujó en los últimos años de la dictadura como constelaciones de intelectuales en torno a grandes medios de comunicación. Los intelectuales ya no son figuras individuales, cada cual a la búsqueda de un periódico, del que fuera, para colocar su artículo: ahora hay una afinidad, una cercanía moral e ideológica entre el grupo de intelectuales que da un tono a cada gran periódico en las secciones de opinión. Además, no son sólo ni principalmente literatos, como ocurría con la mayoría de los intelectuales de la generación del 98 que escribían en los periódicos; entre estos del 14 hay de todo: filósofos, pedagogos, científicos, economistas. En tercer lugar, escriben de cuestiones de su competencia, en las que son expertos: la problemática relación entre el intelectual generalista y el especializado no es de hoy. No viven exclusiva ni principalmente de lo que consiguen publicar en la prensa; suelen ser funcionarios o profesionales, mayormente catedráticos de universidad. En fin, el núcleo de intelectuales que colaboran en el periódico será también el que asesore o dirija otros empeños editoriales de la misma empresa y el que se encuentre en la tertulia de la redacción de *Revista de Occidente*, cuando Ortega decida lanzarla en 1923.

¿Limitó la independencia de aquellos intelectuales el hecho de escribir en un periódico fundado a partir de una gran empresa industrial como La Papelera Española, ligado también a una importante empresa editorial y de librerías como CALPE? La pregunta se la había planteado ya, con su característica lucidez, Max Weber en el discurso a los sociólogos alemanes cuando describió el nuevo poder de la prensa. Desde que el parlamento castigaba a los periodistas si publicaban los discursos de los diputados, el poder de la prensa no había hecho más que crecer. La cuestión consistía en que la prensa, ya en tiempos de Weber, era necesariamente una empresa capitalista con dos tipos peculiares de clientes: los compradores y los anunciantes. Como las empresas editoras de periódicos exigían un continuo aumento de demanda de capital, la cuestión que se planteaba era si ese hecho significaba un creciente monopolio y, por tanto, un poder que permitiera moldear a discreción la opinión pública. Weber dejaba la pregunta en el aire o más bien la proponía a sus colegas como tema de investigación.

* * *

3. Hasta aquí los intelectuales se relacionan con la prensa afirmando una posición propia, reivindicando una autonomía, personal o de grupo, entendiendo su función como crítica de la política y de los políticos, como conciencia y voz de una masa que no piensa ni sabe hablar, o como pedagogos sociales, guías de la opinión, miembros de una minoría selecta. Lo que caracteriza esa relación es la independencia respecto a los

²⁵ Corpus Barga, "Los tés de Madariaga", en *Los pasos contados. 4. Los galgos verdugos*, Barcelona, 1986, pp. 368-369.

²⁶ Mercedes Cabrera, *La industria, la prensa y la política. Nicolás María Urgoiti (1869-1951)*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 127-131.

partidos y al mismo medio que acoge sus colaboraciones. Hay, sin duda, una diferencia notable en el hecho de que escriban cada cual por su cuenta o que formen parte de una constelación; que coloquen por así decir sus artículos en algún periódico o que el periódico los tenga, si no en nómina, sí como colaboradores fijos y que, por tanto, publique todo lo que le envíen. La hay sobre todo porque esa constelación anuncia, aunque se queda un paso más acá, la tercera forma de relación que quisiera considerar aquí, la propia del intelectual comprometido, entendiendo esta voz en el sentido en que fue utilizada para definir la posición de los intelectuales en los años treinta y que alcanzaría su máximo relieve en la segunda posguerra.

En España, la aparición del intelectual comprometido tuvo algo de subitáneo. "El mundo de nuestra adolescencia fue cómodo, sugestivo, gratamente vividero. De pronto, todo cambió", escribe Pedro Laín, que encaminará sus pasos hacia el fascismo; "poco o nada sabía yo de política, entregado a mis versos solamente en aquella España hasta entonces de apariencia tranquila. Mas de repente, mis oídos se abrieron a palabras que nunca antes había escuchado, como república, fascismo, libertad...", recordará Alberti, que va hacia el comunismo²⁷. De pronto, de repente: todos tienen la sensación de que el mundo amable y excitante que había servido de marco a sus primeras inquietudes universitarias o a sus primeras creaciones literarias sufrió un vuelco radical. Cambió no solo en la tarea de escritor, en la relación entre el escritor y su público, sino en su presencia política. 1930 no fue únicamente el año en que Díaz Fernández publicó su *Nuevo romanticismo*; fue también el año en que todo el mundo se sintió impelido, como obligado por una fuerza superior, a definirse. Algunos ya se habían definido desde hacía años y no harán ahora más que reafirmar públicamente, entre grandes multitudes que les reciben entusiastas o que acuden a escuchar su palabra, su opción por la República. Unamuno vuelve del exilio, aclamado en cada estación, para pronunciar conferencias ante públicos entusiastas, que desbordan todas las previsiones; Azaña convierte el Ateneo en el centro de la conspiración por la República y pronuncia su conferencia sobre la tres generaciones en la que pretende recoger para el común propósito de la revolución todo el caudal de protesta crecido desde 1898; hasta Ortega saldrá de su aparente dedicación de espectador para proclamar, más radicalmente que nadie, que el Estado español no existe y que es preciso construir otro desde sus cimientos. Los estudiantes, por su parte, no cesan en la movilización con cualquier pretexto, el más sonado de los cuales fue el recibimiento a su eterno colega, José M. Sbert.

Si se define con las palabras de una destacada filósofa de aquella generación, María Zambrano, lo nuevo, lo inesperado, fue que el pueblo en abril de 1931 había mostrado su cara, una cara de alegría. Desde hacía siglos, escribe Zambrano, el elemento popular estaba retirado en sí mismo y no había la necesaria comunicación entre el intelectual y el elemento popular vivificador y orientador²⁸. La gente del 98 había perdido al pueblo, horrorizada como estaba por el crecimiento de la masa; los intelectuales no literatos habían dado por seguro que eran precisos muchos años para que el pueblo volviera otra vez a una existencia consciente. Algunos estaban convencidos de que eso, tarde o temprano, ocurriría, pero mientras tanto se habían dedicado a buscarlo en la intrahistoria o en el romancero: el pueblo que tenían al lado les daba más bien asco. La generación siguiente, la del 14, había teorizado, mayormente por obra de Ortega, sobre la masa y se había dedicado a una tarea de organización de la

²⁷ Pedro Laín, *España como problema*, Tomo II. Desde la Generación del 98 hasta 1936, Madrid, 1956, pp. 431-432; Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Memorias*, Barcelona, 1989, pp. 276-277.

²⁸ María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, Madrid, 1977, pp. 42-47.

minoría selecta a la espera de que cuando esa minoría estuviera constituida, las cosas marcharían por su cauce por sí solas. Sólo muy al final, cuando la monarquía entre en proceso de descomposición, redescubrirá esa generación el discurso de la revolución popular y pugnará por situarse de nuevo al frente de ese sujeto de repente descubierto al que llamaron pueblo. Parecía como si la recuperación del romanticismo, de la necesidad de encontrar el pueblo como público de la obra literaria, afectara también a la política.

Esta redescubrimiento político del pueblo como sujeto de una revolución es lo que permite comparar la revolución popular española de abril de 1931 con las revoluciones de 1848 y asegurar que los intelectuales alcanzaron el punto máximo de influencia entre 1930 y 1931 al desempeñar en la fundación del nuevo régimen un papel probablemente no igualado por los intelectuales de cualquier parte de Europa desde las revoluciones de 1848²⁹. El pueblo había reaparecido y como siempre que tal acontecimiento ocurre, de repente, el destino para el intelectual es, como dijo solemnemente Ortega, la política. Cuando el pueblo muestra su cara, el intelectual se reconcilia con la política, aunque siempre quedan algunos recalcitrantes.

Ahora bien, el retorno al pueblo no agota y ni siquiera define lo que por la misma época se empieza a conocer como compromiso del intelectual. La construcción del socialismo en la Unión Soviética, la consolidación del fascismo en Italia y el ascenso del nacional-socialismo en Alemania, impulsaron a los intelectuales a participar en las luchas políticas y sociales que se agudizan a finales de los años veinte. Hay que definirse ante el imperialismo, el fascismo, el comunismo, la democracia, especies de absolutos políticos frente a los que el intelectual siente la urgencia de optar. En Francia, en lugar de La revolución surrealista, Breton sacará una nueva revista con un título elocuente: *El Surrealismo al servicio de la Revolución*. La seducción que la URSS había ejercido durante los últimos años veinte sobre los intelectuales era como terreno abonado para que la Komintern, desde 1932, desarrolle una vasta operación hacia los intelectuales. Es el momento de publicar en periódicos que serán leídos por la clase obrera, de la proliferación de revistas de combate.

En España, desde la Dictadura de Primo de Rivera el mundo editorial está en plena ebullición: la rígida censura de prensa periódica impulsó diversas iniciativas editoriales que serán, desde la caída del dictador, la base para lanzar nuevas revistas de vida más bien efímera. La proclamación de la República obligó a todo el mundo intelectual a tomar posición y dio lugar a la proliferación de revistas y periódicos en los que fue común la presencia asidua de intelectuales procedentes de todos los ámbitos ideológicos posibles, de la extrema derecha a la extrema izquierda: de *Acción Española* a *Leviatán*, pasando por *Octubre* o *Cruz y Raya*, no faltó publicación en la que expresar el compromiso político. Es ciertamente el momento de esplendor de la revista como vehículo privilegiado de comunicación del intelectual con su público o con su grupo, sin que merme por eso su presencia en la prensa diaria.

La guerra civil y la derrota de la República dio lugar a la aparición de un plantel muy especial de intelectuales comprometidos, no desde luego integrados en organizaciones dependientes de la III Internacional, no comprometidos con el socialismo y la Unión Soviética, sino con el fascismo y la construcción del Nuevo Estado. Pero la definición del papel del intelectual, el tipo de compromiso, y la forma de su presencia en la prensa con el uso que de ella hacen son idénticos. Lo que la define es que detrás de la prensa que el intelectual utiliza hay un poder de Estado totalitario o

²⁹ Así lo ha recordado Edward Malefakis, "Peculiaridad de la República española", *Revista de Occidente*, 7-8 (noviembre 1981), pp. 30-31.

que aspira a serlo. El intelectual está entonces no solo al servicio de un partido, como podría ser el socialdemócrata alemán de principios de siglo, o de una Iglesia, como era el caso del intelectual católico, sino de un Estado y por tanto de una empresa de dominación.

En 1938, cuando Franco forma su primer gobierno, Serrano Suñer, que se hace cargo del ministerio del Interior, ofrece a Dionisio Ridruejo la dirección del Servicio Nacional de Propaganda del nuevo Estado. En verdad, desde los tiempos de la Junta de Defensa Nacional, los militares que se habían rebelado contra la República ya habían establecido un gabinete de prensa y el cuartel General del Generalismo se había dotado de una Oficina de Prensa y Propaganda. Se observará que prensa durante estos años siempre será una pata del gabinete, oficina o servicio que anda también apoyándose en la otra, llamada propaganda. La cosa es que cuando Serrano se ve confiar el ministerio del Interior y llama a Ridruejo, éste echa mano de un grupo de intelectuales que habían establecido desde el comienzo de la guerra relaciones de estrecha amistad basadas en el común ideario falangista. Pedro Laín ha contado los encuentros, en San Sebastián, en Salamanca, en Pamplona, en Burgos, de los que salieron lo que el mismo denomina en varias ocasiones "amistades para siempre". Esos amigos son Ridruejo, Torrente, Foxá, Rosales, Tovar, Jiménez Díaz, Serrano, Vivanco, Viñamata, Giménez Caballero, d'Ors³⁰.

Cuando hay que organizar el servicio de Prensa y Propaganda, esos amigos ocupan posiciones: uno se hace cargo de ediciones, otro de prensa, otro de propaganda, otro de radio, otro de teatro. Lo que interesa es que son intelectuales al servicio de una causa y que lo que lancen, escriban, propaguen tendrá el apoyo del Estado, se realizará con recursos públicos y se pondrá al servicio de la legitimación de las instituciones del Estado. Venían de una guerra, habían conquistado todo el poder y acabaron por llenarlo todo, no sólo el espacio que los intelectuales de su propia generación, como Alberti, Zambrano o Bergamín, habían dejado expedito, sino el de la generación de sus mayores, que hubieron de tomar el camino del exilio o, si permanecieron en España, guardar silencio. Como recordaba uno de estos jóvenes católicos, José L. López Aranguren, "en España no quedaron más que católicos, los que exteriormente pasaban por tales o los que guardaban un prudente silencio sobre la cuestión". Y el mismo Aranguren, escribiendo en 1957, se recreaba en la idea de que durante un cuarto de siglo España había asistido a una verdadera primavera católica. Prácticamente, todos los escritores de su generación -la generación que llama de 1936, la de quienes fueron movilizados durante la guerra- "hemos sido católicos"³¹.

Con esta constatación, Aranguren repetía, aunque tal vez no tuviera noticia de ello, lo escrito por Calvo Serer unos años antes. En un congreso celebrado en Madrid para estudiar el orden internacional cristiano, el duque de Maura había exclamado: "aquí somos católicos todos". Y Calvo Serer comentaba lo dicho haciendo extensiva la condición de católico a las más diversas actitudes: "falangistas, tradicionalistas y monárquicos, liberales o integristas, demócratas o totalitarios, e incluso de los que se creen marxistas". Es decir, concluía Calvo Serer: "que en España somos católicos

³⁰ Pedro Laín, *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Madrid, 1999, pp. 204-226.

³¹ José L. López Aranguren, "Memorias y esperanzas españolas" [1969] y "El intelectual católico del futuro" [1957], en *Obras Completas*, Madrid, 1997, vol. 6, pp. 197-199, y vol. 4, pp. 202-207.

todos"³². Pero católicos muy pronto divididos en confinados y arrojados, como los definirá el mismo Aranguren, en excluyentes y comprensivos, como los había visto años antes Dionisio Ridruejo. En la desigual batalla emprendida entre unos y otros perdieron el poder los comprensivos: desalojados del gobierno pasarán a interpretar la función del intelectual -del único realmente existente, el católico- como la de crítico del poder, de todo el poder, como disidente.

Lo que interesa en el actual contexto es que en aquella batalla desempeñó un papel fundamental la prensa, en todas sus posibles manifestaciones periódicas: diaria, mensual o trimestral. Los intelectuales, todos católicos, pero no todos de idéntica adscripción ideológica y política, pugnaron por el control de las publicaciones periódicas desde que la Vicesecretaría de Prensa y Propaganda quedó asignada al Ministerio del Interior, en 1938, hasta que la Dirección General de Prensa fue desplazada al Ministerio de Educación tras el desembarco de Acción Católica en el Gobierno en 1945. Unas luchas que se dirían terminadas con la derrota en Europa de los fascismos y el triunfo en España de la política católica, pero que reverdecieron impulsadas por Franco a partir de 1951, cuando Arias Salgado y Juan Aparicio recuperaron el control de la prensa gracias a la creación del nuevo ministerio de Información y Turismo.

En este contexto es en el que adquieren sentido las batallas ideológicas libradas en el interior del régimen desde la primera presencia, abrumadora, de católicos-falangistas en la páginas de *Arriba* o de *Escorial*, frente a católicos procedentes de la tradición monárquica y autoritaria que defienden sus posiciones en *ABC* o en *Arbor*, por mencionar sólo a dos de los periódicos y de las revistas que persistirán en sus enfrentamientos hasta vencido el primer lustro de la década de 1950. Naturalmente, el contenido de esas luchas tiene poco que ver con los debates intelectuales que por los mismos años se libran en Europa, cuando los fascismos han sido derrotados y comienza la guerra fría. Aquí, en España, metidos en lo que Aranguren denominó "tibetanización", aislados, el gran debate intelectual en periódicos y revistas consistió en retornar de nuevo al problema de España, agravado ahora por el hecho de que la mayoría de aquellos que en 1930 habían despertado de repente, de pronto, a realidades antes ignoradas estaban muertos o en el exilio. ¿Qué hacer con su herencia? Unos, miraron hacia atrás y hacia fuera y quisieron recuperar de ellos lo salvable, lo redimible; otros los dieron por muertos y acabados y los decretaron como anti-España para siempre. En estas circunstancias, no puede extrañar que uno de los debates más sofisticados de la España de finales de los años cincuenta consistiera en dilucidar si Ortega había sido o no una fábrica de producción de ateos, cuestión que mereció que intelectuales tan eruditos como Laín y Maravall, asiduos colaboradores de *Arriba* en los años de la posguerra, bajaran al ruedo para medir sus armas con clérigos de tanto fuste, aunque de otro tiempo y aun de otro mundo, como Santiago Ramírez.

* * *

4. Para abordar la cuarta figura y entender lo ocurrido durante los últimos 25 años en la ya secular relación entre intelectuales y prensa es preciso tener en cuenta los cambios operados en el mismo campo intelectual, en los medios de comunicación y en el mundo de la ideas. Este cúmulo de cambios ha suscitado la impresión de que los intelectuales habrían abdicado de su función y se habrían retirado a sus torres de marfil;

³² Rafael Calvo Serer, "La Iglesia en la vida pública española desde 1936", *Arbor*, 91-92 (julio agosto 1953), pp. 289-290.

se habrían vuelto silenciosos durante un tiempo hasta desaparecer por completo. Así se han expresado, al menos, destacados intelectuales españoles, que no se han cansado de repetir que los intelectuales -entre los que al parecer no se cuentan los denunciantes de tanta desgracia- se han callado por vivir sometidos al poder³³.

Se trata, sin embargo, de una impresión engañosa que confunde la desaparición, ésta sí real aunque queden todavía restos del naufragio, de las figuras del gran intelectual de la protesta, al modo de Unamuno, del intelectual cabeza de una minoría selecta al modo de Ortega, y del intelectual comprometido con un partido o un Estado, al modo del compañero de viaje -o vanguardia- de los partidos comunistas o fascistas, con el fin de la especie. Pero una mirada a lo que ocurre hoy convence rápidamente de lo contrario, de que si esas figuras de intelectual han hecho mutis, el intelectual persiste bajo otras figuras y goza de buena salud. Como Michel Winock observaba en una entrevista reciente, si se compara *Le Monde* de los años 50 con el de hoy se notará la rareza de las intervenciones de intelectuales de entonces y la sobreabundancia ahora. Todos los días, decía Winock, *Le Monde* nos ofrece profesiones de fe, protestas argumentadas, análisis e indignaciones que nos llegan de profesores, ingenieros, médicos, funcionarios, como si -y esta es la clave de la cuestión- la función intelectual se hubiera democratizado. Estamos, en efecto, ante una especie de necesidad generalizada de tomar la palabra de parte de mucha gente, a veces desconocidos, a propósito de las cuestiones más variadas. En lugar de desaparecer, los intelectuales se han multiplicado: ahí radica paradójicamente la razón de su presunta muerte, de su aparente desaparición³⁴.

La impresión de que ya no hay intelectuales tiene que ver, ante todo, con la expansión sin precedente de la instrucción de masa y la elevación general del nivel de educación. Por un lado, ya no hay analfabetos -aunque haya mucha gente que no lee- y por otra, el número absoluto de profesionales que constituye de siempre la cantera de la que salen los intelectuales, se ha multiplicado a la misma velocidad con que el saber universalista, propio del gran intelectual a la antigua usanza, ha sido desplazado por el saber especializado: la subida de efectivos universitarios se ha traducido en un encierro disciplinario más estrecho, ha escrito Pierre Nora³⁵. Las universidades españolas que en los tiempos de los grandes intelectuales todavía añorados hoy, aunque no más que por quienes aspiran a serlo, acogían a 50.000 estudiantes, reciben a millón y medio. El nivel, sin embargo, ha bajado, nos dicen. ¿Qué nivel? ¿El superior, el medio, el inferior? En todo caso, es evidente que la población intelectual aparece ahora mucho más diversificada y polivalente, que explora lógicas diversas y que entraña de forma inevitable el fin de los maitre a penser: el maestro absoluto se ha desvanecido ante esas maestrías polimorfas, escribía Julia Kristeva³⁶. En España como en Francia, el modelo del intelectual total de tipo sartreano envejece. Como se ha señalado en múltiples ocasiones, el discurso de expertos hace caduco el de los grandes intelectuales a la vieja usanza, agravado por la crisis del mandarinato y por la pérdida de prestigio del

³³ Algo he tratado de esta cuestión en "Intelectuales: del compromiso a los medios", en J. Tusell, E. Lamo de Espinosa y R. Pardo, eds., *Entre dos siglos. Reflexiones sobre la democracia española*, Madrid, 1996, pp. 581-605.

³⁴ "La fin des intellectuels? Entretien avec Jacques Julliard et Michel Winock", *Esprit*, 262 (marzo-abril 2000) pp. 106-110.

³⁵ Pierre Nora, "Adieu aux intellectuels?", *Le Débat*, 110 (mayo-agosto 2000), pp. 10-11.

³⁶ Julia Kristeva, "Apéndices de una horquilla moral", *El País*, 14 de diciembre de 1989.

universalista que se dirige a un público entre los que se encuentran intelectuales mejor preparados que él.

No ha sido menos notable para la redefinición del papel de los intelectuales la caída del muro de Berlín, el fin del socialismo realmente existente y, en consecuencia, la crisis de las ideologías de izquierda. En España, la figura predominante de intelectual durante el largo periodo del tardofranquismo fue la del disidente, procediera del mundo católico, como era el caso de la generación mayor, o viniera de una cultura más secularizada, como era ya normal entre los jóvenes protagonistas de las movilizaciones de 1956 y, más de diez años después, las de 1968/69. En todo caso, intelectual era alguien que estaba contra el poder, lo quería decir que su más destacada seña de identidad era la de crítico del poder, de todo el poder, lo que casi siempre se vinculó a cierto grado de integración de una visión marxista de la sociedad y de la historia: la función política del intelectual, salvo en muy raras situaciones coyunturales, es siempre de izquierda, había establecido Aranguren³⁷.

Por eso, el descubrimiento del Gulag, el simultáneo desprestigio de la vulgata marxista como ideología dominante, y la ofensiva del pensamiento liberal con la tercera ola de democratización que afectó de lleno a España, exigió redefinir lo que un intelectual es y lo que de él se espera. Ya no cabía limitarse a cultivar el pensamiento de la sospecha, el que busca en lo oculto, por debajo de la apariencia de las cosas, de la espuma de la política, la razón oculta de una perversa configuración de la sociedad. El triunfo de la democracia, la revancha del pensamiento liberal, el abandono de paradigmas deterministas, la vuelta del sujeto, la crítica del antihumanismo, la importancia del acontecimiento: todo contribuyó a la decadencia de un tipo de intelectual que debía su prestancia a saberse en el hondo secreto de la historia, en el dominio de su sentido por debajo de las apariencias. Había que repensar los lazos entre democracia y política; reiventarse formas de debate público; aceptar cierto eclecticismo, el pluralismo reconocido de opiniones, la fragilidad de la propia posición³⁸. Se produjo así, como primera reacción de perplejidad, el llamado silencio de los intelectuales que caracterizó el final de los años 70. Tomar nota de la nueva y cambiante circunstancia fue una tarea que requirió su tiempo: venidos de verdades absolutas no fue sencillo sustituir el dogmatismo de la ideología por la tentativa de búsqueda.

Para acabar de complicar el panorama, este fue además el momento en que el mundo de la comunicación, dominado desde sus orígenes, a pesar de la radio, por la escritura, sufrió un trastrono radical por la invasión de lo visual. No han faltado voces de alarma, profetas del fin de un mundo: como la imagen sustituye a la palabra, el acto de ver ha suplantado al acto de discurrir, sentencia Sartori. O también: los campos de producción cultural, por la fuerza de lo visual, están sometidos a la coerción estructural del campo periodístico, lo que quiere decir que la lógica del mercado actúa de manera determinante sobre la bolsa de valores intelectuales, como lamenta Bourdieu. No son voces cualesquiera, pero siempre hay un punto de sobreactuación en los anuncios apolíticos, como si en efecto la historia se produjera por comienzo y cierre de etapas o de galaxias, como si fuera en verdad cierto que la escritura hubiera cedido todo el

³⁷ José Luis L. Aranguren, "El intelectual y la vigilancia de la vigilancia", 11 de julio de 1976. *Obras Completas*, vol. 5, pp. 387-389.

³⁸ Todo esto lo ha contado muy bien para el caso francés Rémy Rieffel, *La tribu des clerics. Les intellectuels sous la V République*, Paris, 1993, pp. 621-623.

campo a la imagen y como si estuviera probado que la imagen destrona a los llamados líderes intermedios de opinión³⁹.

Sea lo que fuere de este debate, es lo cierto que el mercado de productos culturales se ha ampliado como nunca y que la vida aparece hoy saturada de nuevos objetos sobre cuya validez hay opiniones muy diversas. La capital cultural en la que emergía el gran intelectual ha dejado de imponer su ley del mismo modo que el intelectual -si alguna vez lo había sido- ya no es el mentor del público. La aparición de instituciones para la cultura de masas ha modificado la estructura de comunicación y mediación. La mediatización del producto ha adquirido más importancia que su naturaleza y calidad: el acto de creación pierde importancia en favor de la comercialización, acompañada de una gran concentración de poder en el vértice de vastas organizaciones del mercado cultural, mientras el intelectual sigue produciendo aisladamente⁴⁰. Esta transferencia implica disponibilidad por parte del intelectual de aceptar los vínculos sobre la naturaleza y el método de su propio trabajo impuestos por la industria cultural de masa. Y como la mediatización premia lo intempestivo y el rápido *turn-over*, sobre todo en el campo del análisis social⁴¹, el intelectual es requerido a producir sentencias cortas, titulares, sobre múltiples cuestiones y en tiempo record. Acompañados de fuertes incentivos pecunarios, estos factores alteran el ritmo tradicional del trabajo intelectual y afectan necesariamente a la calidad del producto: mal síntoma que no sea ya un caso aislado, una anécdota insignificante que un intelectual, director de la Biblioteca Nacional, acepte sin rubor haber copiado en sus escritos, por urgencias de mercado, páginas enteras de libros ajenos.

El problema no radica únicamente en el uso que los intelectuales hacen de los medios. El problema es que en la cadena de producción el mediador ha adquirido un peso enorme frente a productor y consumidor. La tarea intelectual requiere trabajo aislado. Por el contrario, la mediación se ha constituido en inmensas empresas de comunicación. Por supuesto, los mediadores necesitan de los productores tanto como estos de aquellos, pero los mediadores están organizados y los productores no. Para acceder al público hay que someterse a las reglas del medio. Por esta vía directa el medio crea el mensaje pues lo que no encaja no existe como producto cultural. Así, junto a creador clásico, surge el intelectual mediático como pensador del momento, el instante, la columna, un pensamiento necesariamente débil, no totalizador, eventualmente contradictorio.

¿Qué hacer? El compromiso en sentido histórico es impensable: se acabó el intelectual creador de mitos; vanguardia histórica; conciencia de la multitud; el comprometido con un partido o con la construcción de un Estado. Bien acabado está. La primera tentación, ante su mutis, es la retirada a la torre de marfil, a la especialización. No hay en esta actitud una abdicación moral: la extremada especialización que requieren hoy determinados saberes puede llevar a estos intelectuales-sabios a retraerse de pronunciarse sobre aquellos temas en los que no se sienten particularmente competentes. No que renuncien a sus derechos y deberes como ciudadanos, ni que asomen de vez en cuando aportando su firma o prestando su apoyo a tal o cual causa,

³⁹ Giovanni Sartori, *Homo videns*, Madrid, 2000; Pierre Bourdieu, *Sobre la televisión*, Barcelona, 1998.

⁴⁰ Sobre esto ha llamado, entre nosotros, la atención Emilio Lamo de Espinosa, *Sociedades de cultura, sociedades de ciencia*, Oviedo, 1996.

⁴¹ George Ross, "Dall'Illuminismo all'IBM: la decadenza dell'intellettuale di sinistra in Francia", en *Gli intellettuali negli anni '80, Problemi del socialismo*, 8-9 (mayo-diciembre 1986), pp. 138-139.

sino que asumen su responsabilidad en ese ámbito de la misma manera y con el mismo título o competencia que un agricultor a que un electricista.

En el extremo opuesto al intelectual sabio, que sólo esporádicamente aparece en la escena pública con su firma al pie de algún manifiesto o con alguna intervención -un artículo, un debate- en cuestiones sobre las que posee una específica competencia, se sitúa el intelectual mediático. Ocurre por lo general que se arroga el papel de omnisciente y son como los antiguos teólogos, capaces de producir sentencias por igual del aborto y de la depreciación de la moneda. Su presencia es muy notoria en España, debido a la crudeza de las confrontaciones políticas de los últimos años, ya fuera por la permanencia en la OTAN, la guerra del Golfo, la ofensiva de los conservadores contra los socialistas, la polarización en torno a la cuestión nacional o la persistencia de las estrategias terrorista de poder y la formación del frente nacionalista en 1998 en Euskadi. El resultado de esa presencia es ambiguo: por una parte, la reflexión de reconocidos especialistas en cuestiones políticas, constitucionales, históricas o morales, eleva el nivel del debate público especialmente en los medios de comunicación escritos; por otra, la notoriedad de los medios audiovisuales y la presión de sus conductores se traduce en una exigencia perentoria de pronunciarse en cada momento sobre todo, lo que da lugar a la proliferación del ensayismo fácil y a un periodismo de lo verosímil que hace estragos. Instantaneidad, fragmentación, omnisciencia: su meor campo en España, la tertulia radiofónica; su resultado impreso, el libro estacional.

Habría que explorar, pues, un camino intermedio entre la retirada y la incorporación complaciente a los medios de comunicación. Consistiría en tomar del intelectual sabio el rigor: es el compromiso moral con las exigencias de la propia especialización, del propio saber; pero no sólo no eludir el debate público, sino enriquecerlo en aquellos terrenos en los que se sabe competente. Como ha escrito Timothy Garton Ash, el papel del intelectual como crítico de un gobierno democráticamente elegido no pueda equipararse al del intelectual como líder de la oposición contra un poder externo y totalitario⁴². Si contra este, el intelectual ha asumido muchas veces el papel de luchador de la resistencia y sustituto de los políticos, ante aquel no cabe más que el desempeño de una función crítica guiado por la búsqueda de la verdad. No es una función heroica, ni siquiera de guía. Hoy la presencia de los intelectuales sólo tiene un sentido: alimentar el debate entre los ciudadanos, enriquecer con su reflexión la esfera de lo público en la convicción de que sólo una esfera .

⁴² Timothy Garton Ash, "Intelectuales y políticos", en *Historia del presente*. Barcelona, 1999, pp. 182-183.